

Semblanza de José Lezama Lima sobre Heredia

Conferencia pronunciada por el Dr. José Lezama Lima, sobre José María Heredia

Vamos a hablar hoy de una de los poetas que más ha hecho vibrar, que más ha despertado entusiasmo en nuestro país y en la resonancia fuera de nuestro país del romanticismo, en realidad fue el primer cubano que se universalizó, fue conocido en todo el ámbito del idioma, fue elogiado por Andrés Bello, y en el curso que dictó en la Sorbona Villemaine sobre Literatura Universal incluyó a Heredia entre los poetas significativos de la época. Es decir, fue el primero de nuestros hombres, de nuestros poetas universales; se movió en todo el ámbito del idioma, fue el primero de nuestros grandes poetas, el primero de los grandes desterrados, el primero que perteneció a aquella familia de los Atridas, que tienen que sufrir un destino espantoso, desde Heredia hasta José Martí. Y yo diría aún más: esta forma benévola, como el simpatos de los estoicos, actuó lo mismo en Heredia que en Martí, la forma estoica de la simpatía se debió principalmente a estos dos hombres: a Heredia y a Martí.

La resonancia, el eco simpático de los cubanos fuera de nuestras costas, en gran parte se debió a esas dos vidas: a Heredia y a José Martí. Sus sufrimientos, sus destierros, los ideales que persiguieron, las amistades que tuvieron en toda la América, hicieron que en una forma más sincera el simpatos actuase en ellos, en sus vidas valiosas.

Puedo leerles a ustedes la llamada Ejecutoria de los Heredia, que puedo mostrárselas a ustedes porque Doña María Teresa Heredia y Núñez de Villavicencio, que es nieta de Heredia y es la esposa de uno de nuestros más apreciados funcionarios, ella me la ha cedido para que la lea a ustedes, en que se ve que esta familia era de rancio solar español, de vieja estirpe hispánica. “Hacemos entera fe y testimonio a cuantos le presente Real Carta vieren, que el antecedente escudo de armas compuesto de cuatro carteles, en el primero por el nobilísimo apellido y solar de Heredia...(continúa leyendo). Este es el hijo de Heredia, que después de la muerte del padre tiene que regentear el Monte de Piedad en La Habana y entonces se dirige a la autoridad española para que le aclaren su pergamino.

“Estos ilustrísimos linajes, el primero, según consta de irrecusable...(continúa leyendo el pergamino).

A requerimientos de Enrique Piñeyro, el poeta de Los trofeos, José María Heredia, primo hermano del nuestro, el cantor del Niágara, le manifestó que ellos descendían de Don Pedro de Heredia, que se le había dado la gobernación de () para compensarlo de la pérdida

de Cartagena. Que intentó regresar a España, naufragando cerca de las costas de la Florida, intentando llegar a nado y pereciendo como náufrago. Cuyo hijo se casó con la hija del historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, de donde viene Manuel Heredia, el de los sonetos y el de la Oda al Niágara.

Hacemos estas referencias, no por primores de erudición, sino para que se vea cuál es la formación de Heredia, cuál es el mundo en que se desenvuelve y a qué ideales él responde. Su padre, José Francisco Heredia, es el prototipo del magistrado digno de su época, escribe unas Memorias de las revoluciones de Venezuela, muy elogiadas por Don Enrique Piñeyro, donde hace el estudio de uno de los momentos más conflictivos de la independencia americana, las dos veces que Monteverde tomó la gobernación en Venezuela y las dos veces que la perdió. Y su conducta fue tan digna, que a pesar de estar de acuerdo como magistrado, como magistrado, como oidor, con la gobernación española, don Andrés Bello lo elogia por su conducta como hombre realmente probó, íntegro, dispuesto a jugarse su puesto en cualquier momento. Y así lo hizo con Monteverde, en las famosas matanzas de la cárcel, cuando le escribió varias cartas protestando de la matanza que se iba a hacer en aquellas cárcel, la cual a la postre se hizo, pero queda por lo menos su protesta enérgica. Es decir, que encontramos en Heredia, pudiéramos afirmar, los tres círculos de la sangre: era de rancio solar español, era hispanoamericano fundador, descendía de Don Pedro de Heredia, y es hecho simbólico que naufraga y perece sin poder regresar a España, es un español que ya se queda aquí. Y su padre es un magistrado que honra su actitud como hombre verdaderamente digno, a pesar de que su actuación es muy conflictiva, y es un hombre entre lo crepuscular del siglo XVIII y lo cenital del siglo XIX.

Sigue fiel a España, pero con una gran dignidad y no se atreve a dar un paso al frente para llegar al separatismo. Las causas por las cuales no es separatista son muy extensas, no entran dentro de este tema, pero siempre le molestaban mucho, el plan aquel famoso de Bolívar, donde dictó ordenanza de “españoles contad con la muerte aún siendo inocentes, americanos contad con el perdón aún siendo culpables”. Y hombre que siempre repudió la sangre, el asesinato y la muerte, reaccionó contra esa actitud dictada por situaciones extremas.

Siempre recordó su memoria con verdadera veneración. Su padre muere a los 44 años; entonces Heredia tiene 16. Un año más tarde, a los 17, escribe “En el Teocalli de Cholula”. El espíritu de la ruina comienza a devorarlo, se sienta ya a ver el desfile de las civilizaciones que fueron.

En un tierno romance dedicado a su padre el día de sus natales, nos dice:

Oh!, cuán gozoso repito
Que tú, de todos los padres
Has sido para conmigo
El modelo inimitable.
De mi educación, el peso...

(Continúa leyendo el romance)

Es, como todos sabemos, el primero y el más grande de nuestros románticos. Luego, la primera pregunta que debemos formularnos al estudiarlo es qué es el romanticismo, qué es ser romántico. Es muy importante que tengamos esas ideas muy precisas, porque no solamente hacen referencia a Heredia, sino a todos los poetas, como a la Avellaneda, Luaces, Plácido, Milanés, Manzano, Mendive, etc., y hasta en José Martí y en Julián del Casal, que ya se pueden considerar como dos artistas en su fase modernista, hay ese sedimento romántico.

Ningún poeta de Hispanoamérica, ni José Joaquín Olmedo en su canto a la victoria de Junín, ni el gran humorista Bello, en su *Silva* famosa y traducciones de Horacio y de Víctor Hugo, puede igualarle. Es, sin disputa alguna, el más grande de los románticos americanos. Podríamos decir, sin enfatizar, que es la primera vez que un cubano se universaliza, es la primera vez que un cubano va más allá de sus fronteras.

Vamos a hacer algunas referencias al romanticismo. Del romanticismo has dos novelas famosas, y una obra de teatro: *Las torturas del joven Werther* y *Chatterton*. Estas dos obras deben ser conocidas, y lo son por casi todos ustedes, en el umbral del romanticismo.

Werther engendró el mal de Werther, la enfermedad del siglo. ¿En qué consistía eso? En que representa el dolor cósmico, universal, de vivir; la tristeza de las cosas, porque están hechas para la fugacidad y para la muerte.

Claro, que esto no era nuevo, y se había ya presentado con impresionante grandeza en el mundo antiguo, y aparece en *lacrimareium* de Virgilio, y en la *tristitia caducitatis* de Lucrecia. La tristeza de las cosas que están hechas para morir.

El dolor universal es lo que hace que esta obra sea eterna y que nos siga interesando como el día de su publicación. Werther se mata por una mujer, pero en realidad se mata porque él no quiere al mundo y cree que el mundo no lo quiere a él. ¿Cuál es el fundamento real de esta novela? El joven Jerusalén, que era un discípulo de (), se enamora de Marta Brentano, una mujer casada, y termina suicidándose, y Goethe en su juventud se enamora de Carlota, (), un amor también sin esperanza. Estos problemas del mal de Werther, el dolor cósmico, el dolor de todos los tiempos, y es uno de los misterios de la especie humana.

Una vez que pensamos que nuestra especie, acosada por tantos enemigos, por tantas acechanzas, por tantas potencias inapresables, es casi un milagro que haya podido subsistir y no sea un animal extinto.

Esto es el “*tedium vitae*” que ya sintieron los latinos como consecuencia del “*ocium cum dignitate*” de los romanos. Aparece en la filosofía moderna como la voluntad de muerte de Schopenhauer, que es un anticipo, aunque su antítesis, del *elan vital* de Bergson. “Yo amo la vida y más cuanto más la detesto”, dice Nietzsche. Pues hay en el hombre la voluntad de muerte y la del impulso de vivir. Pero hay también la vuelta a lo prenatal, la nostalgia que deja el no ser, al extremo de que Valéry ha dicho que el existir, el vivir, es una enfermedad en la pureza del no ser. Cree también que lo predominante en el hombre es la voluntad de muerte, y no solamente lo conoce el hombre, lo conocen también los animales. ¿Quién no ha visto esa fotografía tan desgarradora en que aparecen las pequeñas ballenas dirigiéndose a las islas, esperando la resaca de las mareas para ahogarse?, ¿a morir en esos inmensos viajes por los desiertos de agua, estableciendo su juego con los chorros que salen de la nariz, se ve obligada a recorrer esas inmensas distancias oceánicas?, y al final el hastío, el afán de la muerte.

El mal de Werther fue un mal de todas las épocas. La voluntad de muerte en el hombre ha sido una constante histórica. Existió en Heráclito, en la nostalgia del “nadie puede bañarse dos veces en el mismo río”, en el atomismo de Demócrito, y con sin igual grandeza en Lucrecia, el suicida. Fíjense en esto, señores, porque estamos trazando el cuadro general de ideas en las cuales se mueve un romántico. Los estoicos, en el siglo I antes de Cristo establecieron el suicidio colectivo, sectas enteras de estoicos se conoce que se suicidaron. Se creyó que era un mal de la civilización; pero nuestros siboneyes también fueron al suicidio colectivo, arrojándose desde lo alto de las colinas con sus niños en los brazos.

Luego, no reá un mal de la civilización; está en la raíz de la especie humana.

Va a aparecer en América, con grandeza también, en el desencanto de José Asunción Silva: la vida pierde su magia, su misterio, su nutrición inextinguible.

En la Edad Media a los suicidas se les atravesaba el cuerpo con un palo, como para quererlos estructurar de nuevo, quererlos rehacer de nuevo. En Alejandría las mujeres que morían de parto, se esparcían sus cenizas en el desierto, como para responder a un misterio con otro misterio mayor: aquellas mujeres que murieron al dar la vida, y el desierto, uno de los grandes enigmas de la naturaleza, donde llueve y no hay vegetación que florezca.

El emperador, Napoleón, desautoriza el Werther. Es un hombre de acción; inmediatamente se ha dado cuenta de lo que hay en esta obra de anulación, de voluntad de muerte, de

destrucción, y tuvo siempre para ella un gesto de rechazo, a pesar de su admiración por Goethe, de la cual ya hablamos en algún día anterior. El Emperador y Goethe tuvieron una entrevista secreta. Sus contemporáneos decían que habían hablado mucho sobre el Werther. Eckermann le pregunta: “¿cuál fue el pasaje en que ustedes dos discreparon? ¿Sería tal vez el momento en que Carlota le entrega las pistolas a Werther, con las que se va a suicidar?” Y Goethe tiene una respuesta muy suya: “No creo que la posteridad deba de conocer cuál fue el motivo por el cual discrepamos el Emperador y yo”, y ni una palabra más.

Ahora, desde luego, nuestra importancia es el Chatterton, en el umbral del romanticismo, el joven poeta inglés suicidado a los 18 años, que muere abrumado por la incompreensión, por la soledad, por la pobreza, por la burla; inclusive le pide protección a un amigo de su padre, un Lord mayor, el cual viene especialmente a burlarse de un joven que escribe poesía, y le da una carta en un periódico con objeto de ayudarlo, y en el periódico se le acusa de plagio, y en la carta se le ofrece un puesto de ayuda de cámara. Y Chatterton, el poeta de 18 años, no le queda más remedio que el a suicidio y a la muerte. Pero la que más lo ha comprendido, es la mujer que ama en secreto, pero llega ya demasiado tarde. “Era y soy un muerto”. De esta obra se desprende una desgarradora intensidad, un patetismo exacerbado. Desgarramiento y patetismo característicos del romanticismo.

Algunos estudiosos del romanticismo han afirmado que en 1765 un viajero inglés, (), escribió “The romantic ()”, elogiando la belleza de la Isla de Córcega, y que esa frase corrió por toda la Europa. Otros han supuesto otra raíz. Pero como ese problema no me parece fundamental, vayamos a otra cosa.

Por una rara paradoja de la cultura, en Alemania los románticos son los clásicos. Goethe y Schiller son románticos, pero son los grandes clásicos de la literatura alemana. Y, por el contrario, en la literatura española los clásicos son los grandes románticos: Lope de Vega, Calderón. Esto revela que estos términos son cambiantes, que no se refieren ni a hombres ni a épocas con un contorno fijo, irreversible.

En el periodo de Luis XIV, que fue la gran época del clasicismo, está Pascal, con su vida “gemissante”, gimiendo, con su “hay que entontecerse”. Es decir, en aquella gran época Pascal es un romántico, y Goethe es un gran clásico y al mismo tiempo un romántico, un hombre lleno de pasión por lo oscuro. Hay que vencer lo oscuro de la naturaleza y configurarlo en noble hazaña, nos dice Goethe.

Al inaugurar su curso en Jena, Federico Schiller recordaba los acentos de Boussuet en sus lecciones sobre la Historia Universal, y parecía éste el más fervoroso de los románticos, un

hombre en la más clásica de las cátedras.

La frase de Novalis muy conocida: “la poesía es el arte de pensar en imágenes”. La abundancia metafórica en los romances, las comparaciones incesantes, los cómo, el cómo, la metáfora, la comparación.

Lo que motivó el engendro, el nacimiento del romanticismo en Francia, fue el estreno de Hernani. Y sabemos que todos estos escándalos han sido triunfales, y todavía en 1912 o 1914, el escándalo de la Petruska hacia nacer a un gran músico contemporáneo. Todos estos escándalos son triunfales siempre.

Hugo actuó como en una batalla napoleónica. Diseñó —se conservan mapas- de la tipografía del teatro, dónde se debían de sentar, en que momento debían de interrumpir, dónde debía situarse el chaleco rojo de Theophile Gautier; es decir, fue una batalla diseñada, como el gran Emperador, el ídolo de Hugo, diseñaba la batalla de Wagram o la de Watwerloo. Solamente que Napoleón perdió las mejores batallas diseñadas, aquellas que eran admirables jugadas de ajedrez, y Hugo ganó la batalla de Hernán, y Napoleón perdía sus mejores batallas diseñadas, las batallas que se conservan de Napoleón estudiadas en las Academias Militares. Pero esta batalla la ganó Hugo.

Mientras vivió Voltaire, tuvo una universal aceptación, fue aceptado en todo ámbito de la Europa del siglo XVIII. Y se cuenta que en una ocasión se encontraron Rousseau y Voltaire, y Rousseau aprovechó la oportunidad para leerle su Oda a la posteridad, de la cual dijo Voltaire —burlón (variante: insidiosol) y epigramático, como siempre- que no llegaría a su destino. Pero en realidad el destino de Rousseau fue más allá que el de Voltaire. Rousseau fue el primer hombre que trae los valores del romanticismo. El primer gran romántico es Juan Jacobo Rousseau. Su posteridad ha ido mucho más lejos que la de Voltaire: en la novela, en la pedagogía, en la prosa, llegó a la posteridad en contra de la profecía de Voltaire. Como se ve en su novela de “La nueva Eloisa”. Es el fundador de la nueva pedagogía, con remotos antecedentes en el Trombonazo, de Rabelais y en Montaigne, y sobre todo el roussouniano americano Simón Rodríguez, maestro de Simón Bolívar. Hay que señalar este hecho, que es muy fundamental, que Simón Bolívar fue educado en una pedagogía roussouniana romántica, por su maestro Simón Rodríguez. Gracias a eso, siendo un hombre pequeño, débil, en las batallas demostraba una gran resistencia física, cruzaba los ríos, largas horas de jineteo, buena puntería.

Montaigne decía: “impulso con mis piernas el ritmo de mi pensamiento”. Y la pedagogía de Rousseau se fundamenta en la “promenade”, en el paseo, en pasear. Pero más importante que eso es que paseando un día Rodríguez con Simón Bolívar, llegan al Monte Palatino en

Roma, y Bolívar reacciona ante la grandeza del mundo antiguo, reacciona con la frase que todos conocemos, pero que todavía tiene resonancia en todos nosotros los americanos. De pronto Bolívar se sintió arrebatado por la pitia, por el delirio, y dijo esto: “Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi lama, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”. Señores, y este juramento, esta actitud fue formada en la pedagogía roussouniana, ¿cómo no la hemos de amar los americanos?

Vamos a seguir con los románticos. Vuelco hacia la naturaleza, está en “Emilio” de Rousseau, enseñar siempre en relación directa con la naturaleza; sincerismo. Hay una manifestación de lo que yo les decía, los juegos entre los clásicos y los románticos. André Gide, aún siendo contemporáneo, es un clásico; sin embargo, por esa tendencia al sincerismo nos parece casi un romántico. Ese sincerismo de su Diario, del cual tanto se ha hablado, y desde luego tiene sus detractores. Porque puesta una persona en esa dimensión, y en querer ser sincero, casi nunca lo es hasta lo último.

El yo confesional, que aparece en el Oberman, de Senancourd, “¿qué es mi yo? Para el mundo nada, para mi todo”. Esta frase era muy del gusto de Don Miguel de Unamuno: “Para en mundo nada, para mi todo. ¿Qué es mi yo?”

Así como un clásico hablaba del “joie de vivre”, la alegría de vivir, la sobria embriaguez del espíritu de algunos monjes medioevales, el romántico ama la tristeza. Y se dice que en una reunión una dama se acercó a Chateaubriand y le dijo: “Señor, se ve que usted es un hombre que ha sufrido mucho”. Eso fue un elogio, una de las cosas que más le encantó a Chateaubriand, y en sus Memorias de Ultratumba le dedica unos cuántos párrafos de eufonía perfecta a comentar esta frase. Se sintió muy halagado el día que alguien le dijo que era muy triste.

El espíritu de ruina está en Heredia, está en Casal. Pero claro, en ese momento en que Heredia se enfrenta con las ruinas de Cholula ha muerto su padre, tiene el 17 años, y es poseído por ese espíritu de la destrucción y la muerte, por la ruina.

Lo de la Edad Media, castillos encantados, brujas. El Walpole, castillo de Otranto inapresable, que se aleja siempre. Y el Michel Kolhas, de Von Kleist, el defensor de su caballo, que va hasta el patíbulo y hasta la muerte.

Luis XIV consideraba bárbaras a las catedrales medioevales, despreciaba la Edad Media. Era un hombre clásico, un hombre que despreciaba la Edad Media, no sentía su hechizo. Los castillos medioevales, los encantamientos, las brujas, eso no le decía nada a este monarca.

El amor fati, el amor fatal, y la inflamada vida amorosa, los amores de Victor Hugo, su esposa Adela, su querida Juliette, su amante la hija de Teophile Gautier, vivió 82 años, hasta los últimos meses de su vida conoció y saboreó la intimidad del amor, su poder germinativo se prolongó por año, y hasta el último momento mantuvo en pie sus condiciones de fauno ante la provocación de la belleza.

Y lo vemos también en Goethe, en su famosa Elegía de Marienbad, cuando ya Goethe tiene 80 años y ve una campesina de 17 años, siente renacer en si las pasiones de su adolescencia. Es la época en Alemania de "Sturm und drang" y osadía, como generaciones posteriores el ideario de serenidad y elevación. Pero fue, sin duda alguna, una época de grandes poetas. En Inglaterra los laquistas, con Foscolo, Wordsworth y Coleridge, y los románticos Shelley y Byron. En Italia Alfieri, Hugo Toscalo y Leopardó —el pesimista. En Francia Hugo, Lamartine.

Vamos a hacer algunas alusiones al romanticismo en España, (variante: y comenzar el estudio del romanticismo en España) quizás convenga recordar la frase de Ramón Gómez de la Serna: "No es ser idiota ser romántico, al contrario, no ser romántico es ser idiota". Y la frase de Dario: "quién que es no es romántico?". El primer romántico español es José Cadalso, llamado el Desenterrador. Vemos esa tendencia a lo macabro, a lo sombrío, a lo pavoroso: el Desenterrador.

Eso de lo macabro lo vemos en El último día de un Condenado a Muerte, en Bud Jergel, el Hombre que rie. Lo pavoroso, lo sombrío. Y con la actriz Maria Ignacia Ibáñez, sus amigos lo sorprenden en una noche desenterrando el cadáver de su novia, de su querida. Lo disuaden de que abandone esa actitud; hay una reacción muy poderosa en la corte contra estos hechos de necrofilia, de embrujamiento, y el poder central de la Monarquía piensa condenarlo a muerte. Pero sus amigos, y entre ellos el Conde de Aranda, interceden, y lo envían al destierro, y muere combatiendo en Gibraltar. Como ya les dije, es una de las personalidades más interesantes de su época en España, y según he leído Ortega y Gasset en sus últimos años pensaba dedicarle un ensayo, y recopiló material para ese trabajo. En una entrevista que yo lei Ortega hacia referencia a eso.

Otro romántico es Mariano José de Larra. Dolores Armijo se le presenta con un antifaz un martes de carnaval, lo ha ido a visitar entre las serpentinas y los gritos, para decirle sencillamente que no lo ama, y la respuesta de Larra es que por la noche se suicida.

Otro romántico muy conocido, José Ignacio de Espronceda. Después de a fuga de Teresa a Paris, en un hotel vio unos zapatos en la puerta de una habitación, e inmediatamente por los zapatos reconoció a Teresa. Y comienza de nuevo el idilio fatal, el amor fatídico.

No solamente eran los escritores del romanticismo, sino que sus vidas mismas son ejemplo de actitudes románticas. Y en una noche sombría, paseando por las calles de Madrid, José Ignacio de Espronceda ve una casa donde se vela un catafalco rodeado de cirios, y se acerca y ve que es la imagen de Teresa, y le dedica su Canto a Teresa, una de las mejores muestras del romanticismo español.

Este siglo va adquiriendo su fisonomía propia como hecho de cultura, al presentar algunas manifestaciones que lo caracterizan, por ejemplo, el cierre de los salones al empezar el siglo, el arte salonnier, que había pulido la conversación en Francia desde la época del gabinete azul de Madame Rambouillet; se cierran los salones, y esto hace que el lenguaje coja otro sesgo. El estilo francés de pulir la prosa en la conversación adquiere otro rumbo. Los estudios clásicos se suspenden. Por ejemplo, Andrés Chenier, que es un hombre de una gran formación clásica, se hace fuera de Francia: en Atenas, en Turquía, donde era cónsul. Aumentan los lectores, aparecen los folletines, y Balzac y Hugo adquieren triunfos resonantes, tiradas innumerables que no se habían visto nunca en la historia de la cultura, tiradas de 200 mil y 300 mil ejemplares. El escritor ya no es un protegido, no es un hombre que dependa de un mecenazgo. El escritor adquiere fuerza, tiene un público, tiene lectores, depende en definitiva de esos lectores. Ese camino fue abierto por hombres como Voltaire y como Goethe, que fueron convertidos en los soberanos de la inteligencia en su época, y constituyen un fenómeno que ha ido desaparecido. Es decir, el intelectual oído por el Poder; el intelectual creador de valores —como lo vemos en el caso de Voltaire—, no el intelectual como medio sino el intelectual creador de valores, que exige que se le oiga, como en la época del siglo XVIII.

Hugo era un hombre de una psicología extremadamente difícil de desentrañar, era muy generoso y cuidaba mucho de su economía. Se cuenta que en una ocasión lo visitó un amigo en malas condiciones económicas, para hacerle un "tapé", que es como los franceses le llaman a una picada: Hugo cogió una concha y escribió en ella un verso de la Oda a la Columna de Vendome, se la regaló, no le dio nada. Pero a quien él le había hecho ese favor era un poeta, y lo interpretó rectamente: cogió esa concha con el verso de Hugo, que ya gozaba de una inmensa popularidad, y la vendió, y resolvió su problema económico unos cuantos meses. Claro, que era un préstamo que le hacía Hugo a Alfonso de Lamartine. Cuidaba mucho de su economía, y se cuenta que escribiendo, al final ya de Los Trabajadores del Mar, le cayó una mancha de tinta en la página; entonces la empezó a alargar, a prolongar, y ese es el pulpo que aparece en la primera edición de Los Trabajadores del Mar, que obtuvo una resonante victoria.

El romanticismo se extiende desde 1820 hasta 1850. Una de las figuras más importantes del romanticismo fue Chateaubriand, muy leído por los románticos hispanoamericanos, por los españoles, y que ejerció influencia no solamente en José María de Heredia, sino en casi todos los grandes románticos americanos. Tenía Chateaubriand, como característica de sus obras, en primer lugar orgullo de escritor: fue de los pocos escritores que combatió a Napoleón; imaginación sorprendente. Algunos han afirmado, entre ellos Joseph Bedier, otros lo niegan, que escribió sobre el Niágara sin verlo. Su cristianismo volvió a poner de moda la Edad Media, las catedrales, la Biblia, el Dante, porque esa devoción que todos tenemos hoy por el Dante, fue una adquisición del romanticismo, igual que la filosofía de Juan Bautista Vico, que estuvieron siglos enterrados, (tachado: contemporáneos del llamado El Encantador).

Lautremont lo caricaturiza, Proust lo parodió, () arranca de él la cadencia de su estilo, Anatole France lo aborrece, porque es un parnasiano y un neoclásico, y odia a Hugo y a Chateaubriand y a todo lo que le huelga a romanticismo. Llena su siglo, vive 82 años.

En relación con la vieja frase latina: "aut caesar aut nihil" ó Cesar o nada, Hugo en su niñez dijo: quiero ser un Chateaubriand o nadie. Y le llamó a Hugo "niño sublime", aunque esta frase más se encargó Hugo de divulgarla que de su confirmación por Chateaubriand, que nunca quiso saber nada de eso.

Pero lo curioso de este hombre, de Hugo, es su sorprendente situación en el contrapunto histórico, que le lleva a admirar a Chateaubriand, a darse cuenta quien es Rimbaud, al cual le llama Shakespeare "niño".

Así como el triunfo en el escándalo de "Hernani" fue diseñado, todo en su vida que parecía regido por la profecía, corresponde a un plan y a una orientación muy precisa. Y cuando muere, sus funerales son de los más apoteósicos que se recuerdan en Francia. Su cadáver fue expuesto debajo del arco de Triunfo, donde habían desfilado las grandezas militares napoleónicas. Asistieron más de dos millones de franceses. Romain Rolland tiene una suntuosa descripción de esa noche:

En medio de esa inmensa apoteosis del pueblo bullendo incesantemente y demostrando su entusiasmo, por aquel que había interpretado la intimidad y la soberanía de la forma francesa, cumpliendo su propia indicación testamentaria, y por exigencia suya, en medio de aquella inmensa grandeza del pueblo entero de Francia desbordado, que le vio desfilar en el carro de la lechuza, en el carro de los pobres.

Todo en él respondía a este deseo profético entre el presente y el porvenir, a una manera que tal vez conocieron los antiguos que vive el porvenir como una apetencia

contemporánea, y se cuenta que en Guernesey convocaba a esquivo y a Shakespeare, y a prometeo y a los grandes trágicos en las mesas de espiritistas y con todos los rituales del conjuro. Pero después se observaba que todos aquellos héroes, todos aquellos trágicos griegos hablaban invariablemente a la “maniere” de Victor Hugo.

Es un hombre que pudiéramos llamar “inevitable”. Gide lo ha expresado en una forma genial: un hombre que era tan enemigo de Victor Hugo, como era Gide, sin embargo cuando le preguntaron cuál era el poeta más grande de Francia, dijo: “Victor Hugo, hélas. Victor Hugo, ¡ay de mí!” No hay que decir nada más que Victor Hugo, no hay otra solución que decir Victor Hugo, aunque nos guste o no nos guste: Victor Hugo.

Es la opinión de uno de los críticos más agudos que ha tenido Francia, de André Gide, a pesar de los pesares: Victor Hugo. Porque ese hombre se anticipó a Baudelaire, se anticipó a la nueva poesía, se anticipó a la nueva poesía, se anticipó al surrealismo, fue dueño de una vitalidad inmensa. Perteneció a la Edad Media Francesa. Sus obras comienzan en el pórtico de las catedrales, como en la Edad Media los autos sacramentales. Oye conversar a Luis XI con San Bernardo; es un poeta y es un historiador, (tachado: es un parnasiano). Ama las calles de los pobres, la pestilencia, como Baudelaire. Rimbaud le dedica alguno de sus poemas. Es un hombre inevitable. A este respecto me complazco en repetir la ocasión muy esclarecedora en que Sainte Beuve presenció una entrevista entre Victor Hugo y Stendhal. Hugo se encontraba ya en la madurez de su genio, y Stendhal simbolizaba, sin duda alguna, la nueva generación. Apenas se encontraron, Hugo movilizó todos los recursos de su facundia y su verba, su riqueza inaudita, sus imágenes, sus anécdotas, sus comparaciones, y Stendhal se manifestaba lento y sigiloso, como siempre, como si fuera la mano apoyada en el código Penal —según su frase-. Ambos se manifestaron a su manera. Y Sainte Beuve, que como ustedes saben era uno de los espíritus más agudos que ha tenido la Francia, apuntó en su Diario, después que los oyó con detenimiento a estos dos hombres hablar, cuando llegó a su casa, serenamente, escribió en su Diario: “Innegablemente Hugo es de una especie superior.”

Es uno de los creadores de tiranismo, del gigantismo, pero también de la retórica, del énfasis, de la sobreabundancia. Hay una frase en extremo precisa de Paul Valery sobre él, y muy maliciosa. Dice: “cultivaba la elocuencia, se perdía en apóstrofes infinitos, coqueteaba con las multitudes y dialogaba con Dios”, porque de todo había en él: del farsante, del místico, del miserable, del gigante, de la naturaleza prometeica.

La influencia predominante en José Martí en “El Presidio Político”, influencia que Martí lima, esa sobreabundancia huroniana con la cepa española, más lacónica, más exacta, más

sentenciosa, que viene del senequismo.

En el Diario que escribe Martí, donde culmina la prosa cubana, terminado pocos días antes de su muerte, tiene la noticia de la muerte del héroe y escribe la frase que todos recordamos: “ya no hay Flor, cayó de un balazo en el pecho”. Observen ustedes la vehemencia y el tono patético de esta frase, unido a la precisión. La tristeza cubana de la frase: “ya no hay flor”. Aparecen las dos características del caído: la flor, la gentileza, la caballerosidad, y al mismo tiempo la hombría. Es decir, en Martí se unió este ámbito romántico con la cepa española, con la roca, con el diamante español. “Ya no hay Flor, cayó de un balazo en el pecho”. Observen que no hay manera mejor de decir esto, parece como si nuestra gran figura quisiera rescatar a la muerte, vemos su nerviosa mano como en una fulguración, regalarle una flor a la muerte, parece como si la detuviese entre la pólvora y los gritos arremolinados.

¿Alguien quiere hacer alguna pregunta?

21 de Marzo 1966.

Multimedia Heredia

© 2010 Ediciones Cubarte. Todos los derechos reservados.